

LA TÉCNICA DE MANOLETE*

Nicolás Sampedro Arrubla**



PERSONALIDAD



ener la oportunidad de hablar de la tauromaquia de uno de los toreros más importantes de la historia es un gran reto, por muchas razones; especialmente porque no lo he visto ejercer su profesión más que en treinta minutos de vídeo y los varios cientos de fotografías que todos conocemos; unas fuentes que no son suficientes para construir una tauromaquia no vivida. De ahí que hacer frente al reto que se me plantea haya acudido, como siempre en estos casos, a todo lo escrito en torno a la figura de *Manolete*. Gracias a los libros –afortunadamente *Manolete* ha sido uno de los toreros que más ha inspirado la literatura de todo tipo, por no decir el que más–, es posible no solo reconstruir su tauromaquia, sino conocer muchas más cosas del maestro. Algunas de ellas, por lo visto, no las sabía nadie más que *el Califa* y el que las escribió, por lo que no todas las fuentes son válidas cuando se habla de un ícono de la historia de este país.

Haciendo una gran selección de estas fuentes, y apoyado por los conceptos técnicos de muchos compañeros que dejaron por escrito sus opiniones y los treinta minutos de vídeo que todos conocemos, podemos acercarnos a la verticalidad, la sere-

* Conferencia pronunciada por Nicolás Sampedro Arrubla el 26 de enero del 2.018 en la Federación de Entidades Taurinas de Cataluña.

** Escritor taurino.

nidad, el valor, el estilo único e inimitable, serio y profundo, junto a una técnica privilegiada.

Seguro que las manías no entran dentro de la técnica de un torero, pero *Manolete* las ha tenido, como todos. Juan Belmonte, antes de hacer el paseíllo, se ponía la mano en la frente para protegerse del sol y luego bostezaba; *Machaquito* presionaba la montera sobre su cabeza con la mano libre –la derecha–; Joselito *El Gallo* se llevaba la mano a la boca seguramente para pedir silencio, y *Manolete*, antes de salir al ruedo, lo primero que hacía era santiguarse muchas veces; de hecho, hasta que sonaban los clarines que anunciaban la salida de su toro. Hacía el paseíllo codilleando con el brazo derecho y cada paso que daba lo hacía sobre una línea recta en la misma dirección del paso anterior, uno sobre otro. Siempre le dio mucha importancia a la economía de los movimientos, dentro y fuera de la plaza. Sus pasos eran contados y medidos: ni uno más, ni uno menos de los que tenía que dar.

Era una persona supersticiosa: no aguantaba un sombrero sobre la cama y, por si fuera poco, usaba siempre debajo de la camisa la misma camiseta.

En Córdoba, luego de la despedida de Rafael “El Guerra”, necesitaron más de cincuenta años de espera para su aparición. El monstruo tenía muy claro quién era, de dónde venía y a qué venía. Por el tiempo que estuvo en activo, y muy especialmente por los ocho años como matador de toros, *Manolete* tuvo una regularidad delante de la cara del toro nunca vista hasta el momento. Su gran personalidad, su claridad de ideas, pero especialmente su técnica, le permitieron sacar partido a casi todos los toros a los que se enfrentó. No buscó dar la lidia justa a cada toro, sino que logró imponer su faena a la mayoría, algo impensable aun en la tauromaquia del siglo XXI. Para esto era necesario el valor, el aguante, la paciencia del que espera, una muñeca privilegiada y especialmente el temple, que le permitió ligar tandas de muletazos donde otros solo hacían desplantes.

Uno de los tópicos en los que ha caído su tauromaquia es que era un torero corto. Pero en la fiesta de los toros el ser corto o largo es diferente según como se interprete, como muchos otros conceptos y argumentos. Ha sido un torero largo porque su concepto se adaptaba a un mayor número de toros, pero ha sido corto –aunque muy puro– en su repertorio.

EL TORO DE LA POSTGUERRA

Antes de hablar de la tauromaquia de *Manolete* es necesario hablar del toro de la postguerra. Fundamentalmente se han criticado dos aspectos que, como ocurre en todas las generaciones, se han atribuido a quien ha tenido el poder de mandar. *Manolete* no solo mandó en el toreo sino que, con los escasos recursos existentes en el país y su enorme personalidad, edificó un nuevo concepto extraído de las tauromaquias más clásicas.

Para nadie es un secreto que después de la Guerra Civil el toro era más pequeño, tenía media arrancada, mucha movilidad y, extrañamente, mucho fondo, seguramente fruto de la casta. Una vez terminado el conflicto bélico el asunto se intentó superar, pero también se intentó frenar; aunque, por supuesto, para todos salía el mismo toro. Se llegó a lidiar utrerros en corridas de toros, y *Manolete* encontró en este animal un aliado perfecto para la ejecución y práctica de su tauromaquia.

El problema grave vino con el afeitado. No fue por la Guerra Civil, ni por el hambre, pero el caso es que las astas empezaron a manipularse. En un principio se justificó diciendo que era para enviar a las plazas los encierros menos desiguales, pero luego se convirtió en una práctica común.

Por encima de todo, existía un público que venía de una larga temporada pasándolo muy mal y en los toreros encontraron nuevos ídolos y símbolos de identificación cultural, ya que personas así eran capaces de hacer lo que ellos se veían incapaces de lograr.

LA TÉCNICA

La personalidad de *Manolete* encajaba con lo que la gente buscaba. Por medio de ella, transmitía su concepto, dejaba ver que era un estudioso de las suertes y la técnica de sus maestros, y se preocupó por la pureza en la ejecución, como lo han hecho las figuras más grandes del toreo del siglo XX. No abusó nunca del primer tercio precisamente para tener siempre toro hasta el final. «Yo no he inventado nada –decía–. En esto me recreo siempre, en buscar antecedentes. Si hago alguna suerte de las que más gustan al público, antes la he aprendido en otros diestros que me dieron la medida» (Villa, 1946).

Su tauromaquia se sitúa en la línea de muchas de las más grandiosas figuras de la historia: *Lagartijo*, *El Guerra*, Juan Belmonte y su padrino *Chicuelo*, del que Joselito “El Gallo” decía: «Es el torero más peligroso que yo he conocido». Todos ellos han sido fuente e inspiración para componer su técnica.

El toreo de perfil surge por su verticalidad y su quietud, y desde un principio se convierte en su principal rasgo de identidad. Pepe Alameda concluía que *Manolete* citaba de perfil por dos razones, básicamente. La primera, por el toreo de línea natural que practicaba, en el cual es fundamental dejar venir al toro de su terreno hasta el terreno del torero. Y la segunda, que por medio de esa colocación el torero podía llegar más cerca a la hora de citar. Así, el torero ayudaba a los toros más quedados y aprovechaba su media arrancada –cosa muy común en la época–. Según decía Carlos Arruza, *Manolete* también citaba de largo y no por eso cambiaba la postura; de hecho, el propio *Manolete* consideraba que este tipo de cite era una ventaja para el torero.

A estas dos razones es necesario añadir una tercera para justificar su toreo de perfil: su origen. En sus primeros pasos como torero asiste a las escuelas taurinas de Montilla –donde era profesor Rafael Saco “Cantimplas”– y de Córdoba, en la Venta de Vargas, donde además de alumno en alguna ocasión también

hizo las veces de maestro. Es un claro exponente de la escuela cordobesa, como *Pepete*, *Lagartijo*, *Guerrita*, *Lagartijo Chico* y *Machaquito*. En puridad, su concepto nace de la personalidad y técnica de Lagartijo y especialmente de Guerrita, de quien hereda el toreo de perfil.

El Guerra recomendaba el toreo de perfil para favorecer una especie de “ligazón” o la continuidad de los lances con la capa. Según su criterio, el torero se debe poner de costado o de perfil con todos los toros, lo que para *Paquiro* –a pesar de que sus tauromaquias fueron publicadas con casi 60 años de diferencia: una en 1836 y la otra en 1895– era solo permitido para los toros que se ceñían o colaban. Con esto dejó por escrito un cambio muy drástico en la técnica, especialmente con la muleta, que en algunos casos se ha puesto en práctica hacia la pureza pero en otros no, ya que no era necesario estar frente al toro sino que ahora con el perfil bastaba.

En su maestro y padrino *Chicuelo* encontró *Manolete* conceptos básicos de su técnica, la personalidad y sobre todo, la colocación para ligar tandas de muletazos.

En Juan Belmonte encontró el sitio para poner todo en práctica: La suavidad en el manejo de los trastos, el dominio de los terrenos dando todas las ventajas al toro y la capacidad de aguante para esperar la embestida con el temple necesario para dar estructura a las tandas, eso sí, con las plantas de los pies siempre sobre la arena durante toda la ejecución.

Todas las tauromaquias han hablado siempre de dos terrenos: el del toro y del torero. Es imposible pensar en las faenas de *Manolete* si no es en el terreno del toro. Es el primer torero en meterse en su jurisdicción. Con lo que dijo y lo que puso en práctica, convirtió los dos terrenos en uno solo, con diferentes sitios para ponerse. Decía: «En el toreo no existen terrenos determinados; todo depende de la improvisación y del momento» (Mira, 1984).

Al pisar estos terrenos intentaba siempre hacer su faena, pero tenía muy claro que los toros con genio y que tiran cornadas no eran los adecuados para hacer adornos, por más que así lo exigiera el público con todo tipo de toros y protestase si el torero solo cumplía con su deber –hacerse con la embestida–. Con esos toros consideraba *Manolete* que era indispensable lidiar doblándose con ellos, dejando la muleta en la cara para, sin dejarlo salir de la suerte, someterlo hasta tenerlo fijo en el engaño y, una vez hecho eso, atacar y meterse en su terreno.

PRIMER TERCIO

La capa no era el fuerte de *Manolete*, aunque con ella paraba, ahormaba y dominaba. Como a todas las suertes, le daba sus tiempos de ejecución; pero su majestuosidad, el ganar terreno y el toreo tan bajo, convertía la suerte en una parte esencial de un conjunto fundamental.

En el momento de citar para torear a la *verónica*, subía mucho la mano contraria, daba el toque hacia afuera –justo enfrente de su cuerpo–, para, una vez embarcado el toro, desplazarlo bajando las dos manos. De esta suerte decía el maestro: «La verónica tiene sus tiempos, que son los de emparar, bajando las manos en el centro de la suerte para ir levantando lentamente los brazos en la preparación del lance siguiente» (Villa, 1946).

Remataba siempre con una *media verónica*, muchas veces perdiendo el perfil y ofreciendo el pecho en la ejecución, para así al terminar el lance, salir airoso dando un pequeño salto, con evidente satisfacción, seguramente fruto de gustarse a sí mismo y del milimétrico conocimiento de las querencias.

De los quites hay poco por decir. La brevedad con el capote fue un sello en la tauromaquia de *Manolete*. Si los hizo, fue siempre a la *verónica*, solo siempre y cuando el toro no saliera suelto.

SEGUNDO TERCIO

Al dar sus primeros pasos en el arte, le gustaba ejecutar la suerte de *banderillas*. Algunas fotos quedan poniendo algún par con tan solo 14 años, y existe una filmación en la que se le ve poniendo un par en un festival.

En alguna ocasión se le preguntó por qué no banderilleaba. A lo que respondió: «Sencillamente, porque entiendo que ésa no es la misión del matador. Y si me guarda usted el secreto, le diré que el toro en ese tercio merece una lidia seca y no esos adornos y desplantes a que se ve obligado el matador cuando coge los palos» (*Ibidem*).

TERCER TERCIO

Al ser un torero de línea natural, con la muleta *Manolete* le quitó la primera parte de los tiempos a la ejecución; esperaba mucho, tocaba ligeramente –si los tocaba–, dejaba llegar a los toros y aguantaba la embestida hasta el final. Pero, claro, ¿antes de *Manolete* alguien había adelantado la muleta para embarcar? Si adelantar la muleta a principios de los años 40 no entraba dentro del concepto clásico de ejecución del toreo, salvo alguna excepción y en determinados momentos, *Manolete* retrasó la muleta en una época donde adelantarla era tenerla delante del cuerpo o en la recitid, entre el toro y el torero, y a la altura de la cadera.

Recuerdo que hace un par de años, hablando con Jerónimo Pimentel –matador de toros de Cenicientos (Madrid) que tomó la alternativa el 30 de septiembre de 1951 en Burdeos (Francia)–, me decía al respecto: «Yo era muy amigo de Luis Miguel, pero una vez se cabreó conmigo porque en una entrevista me preguntaron por el torero que más me gustaba. Como es natural, él esperaba que yo dijera que Luis Miguel, pero a mí el que me gustaba después de Manolete era Parrita. Parrita, quería torear con la verticalidad de Manolete, pero enganchando los toros con

la muleta muy adelantada». Debo decir que yo también me sorprendí con sus palabras.

La muleta era, junto con la espada, la principal fortaleza de *Manolete*. Aguantaba, en lo posible ahorrándose el toque –para hacer esto necesariamente se tiene que estar muy bien colocado–, para tirar de él cuando estaba embarcado y en la jurisdicción del torero.

Solía codillear sin perder longitud y profundidad, connotaba seguridad y mando gracias a sus privilegiadas muñecas. No siempre citó en las distancias cortas; en ocasiones, como hemos visto, también los llamó desde lejos y aguantó.

No fue partidario de provocar la embestida con el zapatillazo, ni adelantaba la pierna de salida –para algunos la contraria–. Al igual que con la capa, la muleta la ponía en la dirección de su cuerpo sin exagerar, para no dejarle ver al toro la luz al final de la suerte y que en estos casos tan peligrosa se hace. Para esto le ganaba siempre la acción al reponerse, convirtiendo la colocación en el imperceptible detalle técnico que le permitía llegar a la jurisdicción del toro y aguantar la embestida sin moverse. Con él se baja la mano hasta someter, más o menos a la altura de la rodilla, y con el cambio de altura en la ejecución consiguió darle más estructura y fuerza a la quietud.

Aunque no es suyo el toreo ligado y en redondo, le dio mucha personalidad. Con *Manolete* el pase termina con el movimiento de muñeca y la nueva acometida para repetir la suerte. ¿Que se pierde longitud? Posiblemente sí, pero se gana en emoción. Es aquí donde encontraba el equilibrio.

Sobre la muleta decía *Manolete*: «Eso es lo ideal. Algunas veces soy tan egoísta, que cuando me doy cuenta de que el toro se emborracha materialmente con el engaño y acepta todos los embites, me creo que estoy en una práctica, más que en una fiesta con espectadores, y se me duerme un poco la mano ensayando todos los estilos» (*Ibidem*).

Se le criticó, como gesto de chulería, el pasar de muleta al toro mientras miraba al tendido; pero estaba tan seguro de su tauromaquia que defendió el pase afirmando que no lo abandonaría nunca. *Manolete* no mendigaba ovaciones ni aplausos; esta suerte la usaba sólo cuando el toro estaba entregado en la muleta y con el motor suficiente.

Era muy común verle comenzando las faenas con pases por alto, con *estatuarios*, como tanteo cuando necesitaba que el



Fig. n.º 39.- *Manolete* ejecutando la “manoletina”. Fotografía referencia electrónica de la Wiki.

animal se viniera arriba después de la vara. Citaba con la muleta muy levantada y la subía un poco más, lentamente, al paso del toro. Quebraba la verticalidad de su figura con una ligera inclinación de la cabeza en el sentido contrario del paso, sin perderle de vista y en el mismo sentido del cite, para luego con ella acompañar la embestida hasta el siguiente muletazo. Recurría al *doblón*, como inicio, con medios pases por bajo para recoger a los toros sueltos, dando fijeza en la embestida para el resto de la faena. Era muy prudente en los inicios de faena porque sabía que

el momento de atacar era en el toreo al natural con las dos manos, lo que conocemos como *naturales y derechazos*; especialmente los primeros, donde todo es precisamente naturalidad, sin trucos ni posturas.

Con el compás ligeramente abierto, muy firme sobre las plantas de sus pies, la muñeca tomaba especial importancia porque sin perder la compostura tiraba de la embestida hasta donde su mando consideraba necesario, cogiendo el estaquillador siempre por el medio. El toro llegaba casi a sus pies, y era entonces cuando le daba la salida ciñéndose con él en todo el centro de la suerte. A estas alturas de la faena se producían los momentos más emocionantes de su tauromaquia. Esperaba, embarcaba y tiraba de él a base de muñeca y colocación. El natural, insiste *Manolete*, «es el más difícil, ya que por requerir valor y temple descubre a los toreros que no aguantan». «Para calibrarlo –añadía–, en vez de mirar su factura ha de mirarse los pies del torero» (Jalón, 1972).

Tenía claro que con el toro que embiste no se debe adelantar la muleta sino dejarlo llegar casi hasta coger, a una cuarta de la muleta. Estando a esta distancia era cuando corría la mano con lentitud y estiraba el brazo todo lo que podía. Luego giraba sobre la pierna derecha hasta quedar listo para el siguiente muletazo. A ser posible en el mismo terreno donde se realizó el primero, y así sucesivamente. Justificaba adelantar la muleta, pero solo con los toros que no se arrancaban.

También era común verle torear por *naturales ayudándose* o dirigiendo la embestida con la espada. En su caso era un recurso más estético que práctico y muy usado para provocar la arrancada, evitando así un posible zapatillazo.

Más que un *pase de pecho*, cuando lo dio fue un *forzado de pecho*, porque era el pase usado para quitarse el toro de encima. *Manolete* lo usó muy poco porque prefería salir de la cara del toro más airoso, cosa que no encontraba ejecutando esta suerte.

Recordemos que su toreo fue casi exclusivamente de línea natural, por lo que el toreo cambiado no fue un símbolo de identidad. Decía Pepe Luis Vázquez: «Bueno, yo sí le vi dar algunos muy bien. Creo que en ese pase era en el que más le cogían al principio. Quizá por eso, no por miedo, sino por no descomponer la armonía de la faena, no los prodigaba» (Mira, 1984).

Su remate con la muleta fue el *molinete*. Este socorrido pase se adaptaba perfectamente para salir airoso. Según transcurrían las tandas de muleta en los terrenos que él pisaba era necesario salir de la mejor manera posible; el “molinete”, junto con el “pase de la firma” y los “cambios de mano por la espalda” girando en la misma cara del toro en el momento de reponerse, cumplían con lo que su tauromaquia exigía. Estos remates le permitían salir andando y sin ningún tipo de apuros. Son suertes que, cuando vienen precedidas de pureza, se convierten en elementos esenciales de las más auténticas tauromaquias.

Para ejecutar las “manoletina” se colocaba casi de perfil con la muleta bastante alta y muy cruzado, buscando que el toro se arrancara con un ligero toque. Por la postura de la tela hacía pensar que después de las tandas por bajo, quería darle un ligero aire para llegar con un toro más entero a la suerte suprema.

Las *manoletinas* no eran suyas; de hecho, rechazaba su autoría. Decía que ya habían sido ejecutadas por grandes figuras. Su creación se les adjudica a muchos toreros. César Jalón “Clarito” decía que la *manoletina* era de Victoriano de la Serna, del mexicano Pepe Ortiz y de las grandes figuras del toreo cómico, pero que Cayetano Sanz en su momento ya había anticipado algo parecido. Pero se dice también que el matador de toros mexicano Ricardo Torres es quien las ejecuta por primera vez. *Manolete* consideraba esa suerte como la más fácil de ejecutar de su repertorio por el sitio que le tenía. Aseguraba que al primero que se las vio hacer fue a Domingo Ortega, aunque también hablaba de una vieja revista, *Sol y Sombra*, en la que

aparecía Enrique Vargas “Minuto” haciendo una, con la leyenda: «Pase de frente por detrás ejecutado por Minuto» (Villa, 1946).

LA ESPADA

Manolete ha sido de los pocos toreros en la historia capaz de encontrar el momento de la suerte en el que el toro, después de haber sido sometido, pide la muerte. El toro en este punto siempre estará entregado. Se gustaba mucho a la hora de perfilarse y se arrancaba para ejecutar los tres tiempos del volapié en corto, por derecho, despacio y tomando un pequeño impulso hacia atrás; siempre con la espada a la altura del corazón, muy firme en el mismo sitio durante la ejecución. Recordemos que en esta suerte, la cual dominaba, encontró su propia muerte.

CARGAR LA SUERTE

Y para finalizar, un tópico: ¿cargaba la suerte *Manolete*? Para Domingo Ortega, este concepto era adelantar la que él llamaba pierna contraria –al toro–. Definitivamente, Ortega se basaba en la tauromaquia de Juan Belmonte, quien se hizo ícono en la cargazón de la suerte. Pero recordemos que cargar la suerte se viene tratando desde finales del siglo XVII con la Cartilla de Osuna y como concepto fundamental en las tauromaquias de José Delgado “Pepe-Hillo” en 1796 y Francisco Montes “Paquiro” en 1836. En esta época no se adelantaba la pierna porque se toreaba de otra manera. Belmonte cargó porque dejó venir los toros a su jurisdicción para someterlos y expulsarlos. No tenía mucho que ver el adelantar o no la pierna; por lo que, visto así, también cargó la suerte *Manolete*; porque, más que abrir excesivamente el compás, lo hizo con el manejo de los terrenos y la colocación, acompañado de una muñeca privilegiada.

Cuando *Manolete* habló de adelantar o no la pierna a la hora de cargar, para él era necesario adelantarla. Decía: «Todo eso que se dice de cargar la suerte en el natural viene a ser lo que

es cargar la suerte en otras fases del toreo. Esto es simplemente una ventaja para el torero, puesto que se desvía más fácilmente el camino que trae el toro. Cargar la suerte, yo lo creo así, es tan solo una ventaja» (Sampedro, 2014). Con los antecedentes de Bombita, que tenía partidarios para ejecutar la suerte abriendo y cerrando las piernas, la técnica de Juan Belmonte y, después de la muerte de *Manolete*, la conferencia de Domingo Ortega en el Ateneo de Madrid, es normal que se piense que no se carga la suerte si no se abre el compás o no se adelanta la pierna.

El hecho de que *Manolete* nos haya dejado sus palabras diciendo que no cargaba, no quiere decir de ninguna de las maneras que no lo hiciera. *Manolete* cargaba la suerte porque muy pocos toreros en la historia han quedado mejor colocados que él al reponerse. Recordemos que en la ligazón, adelantar la pierna para cargar una vez el toro ya se ha arrancado, sólo es posible hacerlo en el primer muletazo, pero no en toda la serie. Entonces, ¿quién ha cargado? Muchos, y muchos de los que dicen que lo han hecho, en realidad no lo han hecho, porque han adelantado la pierna estando fuera o para sacar al toro de la suerte. Se carga la suerte a base de colocación, manejo de los terrenos, muñeca y, por consiguiente, mando. Sin mandar es imposible cargar, y esto *Manolete* lo dominaba como muy pocos. Lo interesante es que un torero ha tenido el valor de decir que no cargaba –no he leído ni oído a ningún otro decirlo–, porque según cada torero, todos cargan, incluso sin saber lo que es.

Sobre esto vale la pena recordar las palabras de Ricardo García “K-Hito” en una de sus crónicas: «Monstruo, Monstruo, Monstruo por la gracia de Dios. *Manolete* es ése: el mejor, el único, el que ha milimetrado el toreo, el que ha revuelto todas las reglas de torear, el que acabó con lo de cargar la suerte y tantas otras bagatelas. La suerte no se carga sobre las piernas, que eso es una ventaja que *Manolete* rechazó. El toreo debe jugar sólo el brazo y la muñeca, y con eso basta». (Quiroga, 1945)

Evidentemente “K-Hito” se contradice, porque por un lado dice que *Manolete* acabó con el concepto de cargar la suerte, llamándolo “bagatela”, pero por el otro lado dice que la suerte no se carga sobre las piernas, dándole importancia al brazo y la muñeca diciendo indirectamente que *Manolete* sí que cargaba la suerte.

Nicolás Sampedro Arrubla

BIBLIOGRAFÍA

- Alameda, José (1989): *El Hilo Del Toreo*, Madrid, Espasa Calpe.
- Corrochano, Gregorio (1953): *¿Qué Es Torear? Introducción a La Tauromaquia De Joselito*, Madrid, Gongora.
- Jalón, César “Clarito” (1972): *Memorias De «Clarito»*, Madrid, Guadarrama.
- Mira, Filiberto (1984): *Manolete, Vida y Tragedia*, Aplausos.
- Villa, Antonio de la (1946): *Manolete. Otra Época Del Toreo*, México, Leyenda.
- Orts Ramos, Tomás “Uno Al Sesgo” (1926): *Los Ases Del Toreo - Chicuelo*, Barcelona, Lux.
- Quiroga Abarca, Manuel (1945): “*Manolete*”. *El Hombre y El Torero*, Santander, Montañesa.
- Sampedro A., Nicolás (2014): *Cargar La Suerte. Interpretación de un Misterio Taurómico*, Madrid, Biblioteca Nueva.

